

MANUEL
PEDREIRA

✉ mpedreira@ideal.es

GRANADA. Alfonso Falero Folgoso (Granada, 1960) se crió en el Albaicín pero encontró en Japón la razón de su existencia. Mientras estudiaba Filosofía y Letras, empezó a indagar más allá de lo que aprendía en clase y sus pesquisas le llevaron muy lejos. La aventura cuajó en una visita turística al país del sol naciente que duró dos años y medio y en una segunda etapa que se alargó otros siete años más.

Una oferta de la Universidad de Salamanca para abrir un centro de estudios japoneses lo llevó de vuelta a España, donde es uno de los más consumados expertos en la cultura de aquel país. Especialista en la historia del pensamiento japonés, es una autoridad en todo lo relativo al sintoísmo, la religión nacional japonesa. Recientemente, regresó a su ciudad natal para participar en la semana de Japón en Granada y concedió a IDEAL esta entrevista.

—¿Cómo acaba un granadino de japonólogo?

—Nací en la calle Zafra y estudié en los Maristas, los Escolapios, acabé en el Manjón y de ahí pasé a la Universidad, donde estudié Filosofía pura. En la facultad, junto a unos cuantos compañeros inquietos como yo, empezamos a buscar algo diferente a lo que veíamos en clase. A finales de los 70 hubo un pequeño boom cultural japonés hacia el mundo y era atractivo para nosotros. Comprábamos las traducciones que salían, que eran difíciles de encontrar, en una librería que había en la plaza de la Universidad, que se convirtió en una librería casi de culto para nosotros. A partir de ahí nos fuimos interesando por un tipo de pensamiento muy diferente al que estudiábamos. Aquella semilla empezó a germinar y en esa búsqueda personal acabé contactando con gente que tenía relación con el mundo japonés en Granada.

—¿Cuándo decide dar el salto y viajar a Japón?

—Al terminar la carrera, que ya estaba casado, fui con mi mujer como turista. La intención era tener un primer contacto con el país. Al principio nos alojamos con unos amigos que ya vivían allí pero después nos independizamos. Aquella primera visita duró dos años y medio.

—Para ser como turista, parece que la cosa se alargó...

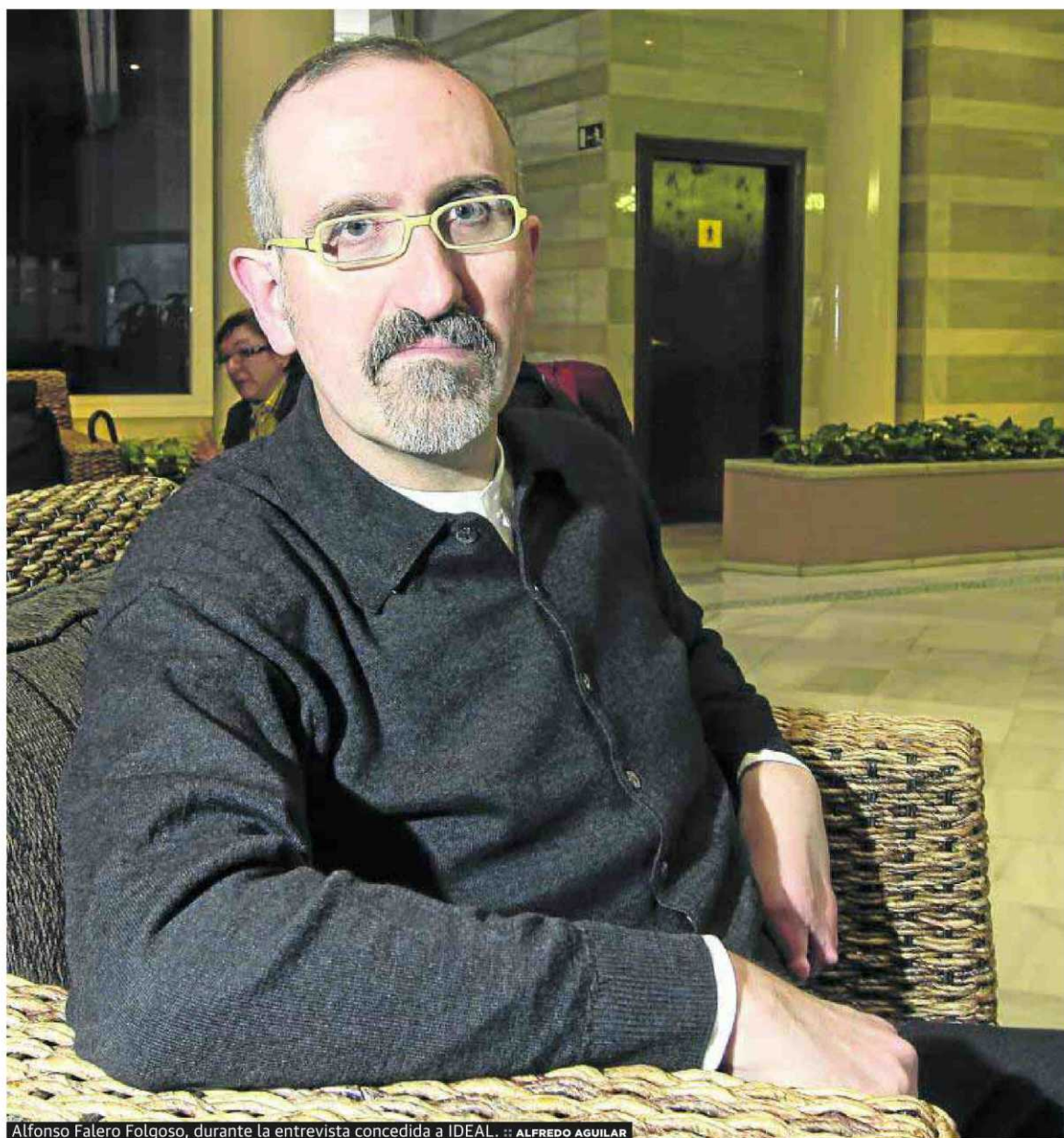
—Íbamos sin un plan preconcebido pero con la determinación de establecer un primer contacto serio y saber si era lo que queríamos para nuestra vida. Era consciente de que si hacía unas oposiciones de profesor de instituto, que era lo habitual al acabar mi carrera, se iría al traste el sueño de ir a Japón.

—¿Colmó sus expectativas ese contacto inicial?

—Ahora está todo muy visto en vídeos o en internet, pero hablamos del año 84. El impacto visual de la primera vez era que estabas en otro mundo, como estar en un espectá-

«El japonés tiene muy claro que trabaja para su país. En España esa idea, si es que alguna vez existió, ha desaparecido»

Alfonso Falero. Japonólogo. Profesor de la Universidad de Salamanca



Alfonso Falero Folgoso, durante la entrevista concedida a IDEAL. :: ALFREDO AGUILAR



culo lleno de neones. También el clima era muy diferente. Los primeros tres meses fue como estar en una nube, sin ubicarnos, como viviendo una historia que no era real.

—¿Cuánto duró el sortilegio?

—A los seis meses ya nos manejábamos algo con el idioma, con las costumbres y la forma de vivir. Entonces ya entramos en el país y aprovechamos el tiempo. Para conseguir un visado y alargar nuestra estancia empecé a recibir clases de aikido.

—¿De qué vivían?

—Empecé a dar clases de español y mi mujer también. Vendí libros a domicilio... el caso era sustentarse mientras decidíamos qué hacer con nuestra vida. En ese interin nació nuestra primera hija, que tiene nombre japonés y español. Llegó el momento de decidir si nos quedábamos para siempre o volver. No era fácil pasar de estudiante a buscar un trabajo estable, así que volvimos casi obligados pero con el convencimiento de que regresaríamos.

—¿Y cómo se dio esa oportunidad?

—Busqué una beca de estudios para hacer un doctorado. Primero me fui solo y, una vez instalado, vino mi familia. Tras la beca, entre el doctorado y un máster pasé siete años y medio allí. Nos japonizamos mucho, la verdad.

—¿Por qué volvieron?

—La Universidad de Salamanca quería ofrecer los estudios japoneses y no conocían a ningún especialista. Hicieron un periplo por Japón buscando gente y me localizaron. Por lo visto, los convencí y me invitaron a ir a Salamanca. Me podía haber quedado dando clases de español que es lo que hace mucha gente allí, pero tampoco era mi deseo, así que, como la oferta era atractiva, llegó el momento de volver. Para entonces ya había nacido mi segunda hija.

—¿Cuál es el cliché más fallido de los españoles sobre Japón?

—Por ejemplo, la idea de que los japoneses no tienen individualismo, que siempre funcionan amparados en el grupo y son incapaces de afrontar algo por sí mismos. Mi experiencia me demuestra que no es así. El japonés actúa siguiendo unas pautas y unas consignas cuando está en el grupo pero después sabe solventar sus problemas con el mismo grado de individualismo que un occidental.

—¿Y al revés?

—Hay muchos. Los japoneses están empeñados en que el carácter español es equivalente al andaluz.

Que somos unas personas extrovertidas, alegres por naturaleza y que trabajamos poco. Es un cliché dañino para la imagen de lo español. Y otra cosa, con frecuencia nos confunden con mejicanos.

—¿En qué nos parecemos?

—Coincidimos en que a nivel individual somos bastante francos. El japonés es muy sincero, aunque exista el estereotipo de que tiene muchas capas y no expresa sus sentimientos, al estilo samurai. Más allá del protocolo, es muy sincero y se abre. También nos parecemos en que, si le haces una jugarreta a un japonés, tienes muy difícil recuperar su confianza. Las guardan todas.

—¿Y en qué somos más distintos?

—El japonés tiene muy claro que trabaja para su país. La vida que tu vives no es solo para ti o para tu familia, sino que la vives para la nación. Esa idea en España, si es que existió alguna vez, se ha perdido. Nosotros pensamos en los círculos más cercanos, como mucho en nuestra ciudad, pero raramente hacemos algo por nuestra patria. Se nota por ejemplo en el cuidado de los espacios públicos. En España, como no son de nadie, nos cuesta asumir la responsabilidad sobre ellos. Para el japonés, es como su casa.

—¿A qué atribuye la devoción por el flamenco en Japón?

—Se cumple aquello de que los extremos se tocan. Por su formalismo cultural, los japoneses tienen mucha dificultad para expresarse de manera espontánea y el flamenco les aporta esa libertad. También, ese vivir el día a día que inspira la cultura gitana, origen del flamenco, es para ellos un atractivo porque en su cultura no lo tienen. En el flamenco encuentran un marco cultural sin normas, que invita al ingenio, a la improvisación.

—¿Alguna ciudad japonesa le recuerda a Granada?

—Nara. Sin ninguna duda. Se construyó en el periodo clásico de Japón y guarda muchos emblemas arquitectónicos. Recuerda a la Granada histórica, la Granada árabe.

—Como japonólogo se le presume un amor devoto por ese país, ¿qué es lo que más admira?

—El estilo de vida profesional. Confieso que no me he adaptado aún al ritmo español. Me siento más cómodo entre mis colegas japoneses que con los españoles.

—¿Y algo que deteste?

—Es algo psicológico. A veces, el formalismo de las relaciones sociales puede convertirse en fariseísmo y llega a ser molesto.

—¿Qué debemos aprender de ellos?

—Ser más sensibles a lo que nos rodea. No solo al entorno material y natural. Ser sensibles con lo que no vemos, con lo inmaterial. Creo que lo hemos tenido en el pasado pero lo hemos perdido.

—¿Y ellos de nosotros?

—A confiar en el futuro. El japonés es demasiado consciente de lo que le pasa y eso les lleva al pesimismo, a cierta melancolía. Nosotros miramos al mañana con más optimismo aunque no tengamos ninguna base. Pero lo hacemos.

—¿Qué es el sintoísmo?

—Es la religión nacional de Japón. Ellos están muy interesados en vender que es una religión autóctona y libre de influencias exteriores pero, como experto en la materia, no puedo ser tan categórico. Por otro lado, el sintoísmo se identifica mucho con el imperialismo japonés, una época que terminó en la segunda guerra mundial, y con la derecha, incluso la extrema

derecha. Es una cuestión más política que académica que le ha hecho mucho daño. Es parecido al catolicismo más rancio.

—¿Qué puntos de unión y de choque tienen ambas religiones?

—Históricamente han colisionado porque el catolicismo que llegó a Japón era muy dogmático, no admitía el diálogo religioso. Ambas chocan en ese sentido nacionalista, que la hace incompatibles.

—¿Cómo encara el sintoísmo los conceptos del bien y el mal?

—En la cultura japonesa no existe la noción de una vida más allá donde se recompensa o castiga. Ambas cosas se reciben en vida. Es una religión muy afinada en lo terrenal, en la vida presente, sin dejar su lado espiritual. Por otra parte, tiene una percepción del mundo de los difuntos muy cercana al de los vivos. Ambas esferas interactúan sin cesar. En el catolicismo, aunque también se da, y aquí recuerdo a mi abuela albaicinería, es una vertiente mucho más 'retenida'.

LAS FRASES

Carácter

«Japoneses y españoles nos parecemos en que, a nivel individual, somos bastante francos y sinceros»

Flamenco

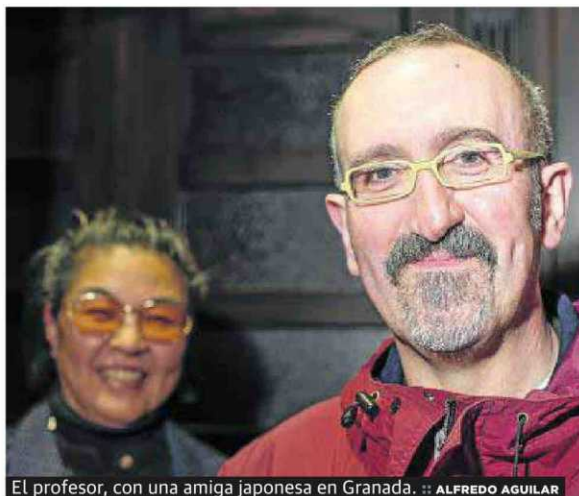
«Les aporta libertad y una manera de expresión que invita al ingenio y a la improvisación»

Fukushima

«El país se ha recuperado bien pero la ciudadanía empieza a desconfiar de sus líderes y su modelo»

Religión

«En el sintoísmo no existe el más allá, así que los castigos y las recompensas se reciben en vida»



El profesor, con una amiga japonesa en Granada. :: ALFREDO AGUILAR

—¿Qué ha cambiado en Japón después de Fukushima?

—No demasiado. Ha sido un shock tremendo pero han sabido asimilarlo y recuperar la normalidad. El cambio principal es que la ciudadanía ya no confía tanto en sus líderes políticos ni en su potencia económica ni en su modelo social. Comienzan a desconfiar de su modelo y creen que hay que buscar referencias fuera. Es posible que, de aquí en adelante, haya más activismo ciudadano, que la calle tome la palabra.

—¿Tendría cabida en Granada un centro de estudios japoneses como el que dirige en Salamanca?

—No, porque se diseñó con carácter estatal. Fue una idea promovida por un exembajador de Japón en España, incluso con vocación europea. El plan original era demasiado ambicioso y al final, en la práctica, funciona como un centro local.

—¿Cómo trata la Universidad de Granada a Japón?

—Muy bien. Desde finales de los ochenta ha habido interés en ofrecer los estudios japoneses y el año próximo, por fin, se inaugura un máster sobre ese tema.

—¿Qué le parece la Semana de Japón que celebra Granada?

—Muy buena, es la más participativa que hay en España. No se ciñe solo al ámbito académico.

—¿Hay vida más allá de Murakami en la literatura japonesa?

—La hay antes, durante y después. Murakami fue un 'best seller' porque supo captar a un sector joven de la población, digamos de adolescente tardío, que hasta entonces no recibía la atención por parte de los autores. Ahora hay otros escritores pero no llegan tanto quizás por la dificultad de la traducción.

—¿Quién aprende antes el idioma ajeno, un español o un japonés?

—Posiblemente, un japonés. Su educación es muy hacia adentro y expresarse en otro idioma requiere de mecanismos de extroversión a los que no están acostumbrados. Eso sí, un año allí basta para hablarlo con fluidez.

—¿Qué tiene el sushi que hace furor?

—La comida japonesa engancha. Es excelente. Neruda dejó escrito que era la cocina más exquisita del mundo. Si la pruebas, crea mono.

—¿Por qué hay que ir a Japón?

—Porque es una de nuestras antipodas culturales. Si quieres conocer la otra cara de la luna, hay que ir a Japón.